

ODI ET AMO: LA HISTORIOGRAFÍA Y LA POSMODERNIDAD, UNA RELACIÓN COMPLEJA

Martín Álvarez Rodríguez

Resumen

Al igual que el poeta Catulo con su amada Lesbia, la posmodernidad tiene una truculenta relación con la historiografía. Por ese motivo, en este ensayo trataremos de exponer las líneas maestras de esa relación. Con este fin iniciaremos tratando de definir la posmodernidad y el contexto en el que surge. Posteriormente expondremos cuál es la visión histórica de la posmodernidad desde sus antecedentes, pasando por los clásicos de la misma. Ya en la parte final analizaremos sumariamente las principales corrientes que articulan la historiografía posmoderna: estructuralismo, giro lingüístico, microhistoria, feminismo y el giro decolonial.

Palabras clave: crítica; estructuralismo; filosofía; historiografía; posmodernidad

Introducción

A pesar de que existe una gran mitología al respecto, la caída del Muro de Berlín abrió un nuevo horizonte (el eje 45-68-89 expuesto por Román Moret¹), cerrando el ciclo de cambios que se vinieron sucediendo en Occidente desde la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces nos encontramos inmersos en la posmodernidad, que a la par que trata de ser ocultada bajo el paradigma de una «nueva modernidad», aquellos que se atreven a nombrarla generalmente solo lo hacen para describirla vagamente y para acabar justificando su supremacía. Aunque existen honrosas excepciones como la del filósofo francés Michel Clouscard, pero al acotarse su análisis al campo filosófico y económico, nuestra intención en este ensayo consiste en sentar las bases para un análisis más profundo en el campo historiográfico. A primera vista la posmodernidad sería totalmente ajena a la Historia, ya que presupone el fin de los «grandes relatos», pero veremos que en la práctica no es así, ya que habitualmente se sirve de la historiografía para auto-legitimarse.

La posmodernidad, por su carácter sistémico y hegemónico, ha impregnado totalmente la Academia, por lo tanto nuestra intención con este ensayo es rastrear sumariamente cómo se ha dado esta operación.

a. Definir posmodernidad

Aunque sea una tarea compleja, al tratarse de un término al que estaremos haciendo mención durante todo el ensayo, debemos hacer un esfuerzo al menos por intentar definirla. Con este fin nos serviremos del análisis que Clouscard realizó en los años en los que la posmodernidad comenzaba a eclosionar. De esta forma definiremos la posmodernidad como la época que se fragua desde la Segunda Guerra Mundial y se hace hegemónica en el mayo del 68 francés. Económicamente se caracteriza por el predominio del capital global, si bien con base en Estados Unidos, sobre el nacional, que simulará la idea de un consumo

¹ Román Moret, «La posmodernidad: intento de aproximación desde la Historia del pensamiento», *Bajo Palabra* 7 (2012).

ilimitado que se superpone a las ya extintas clases sociales. En lo político, defenderá la idea de la militancia revolucionaria mediante el consumo y la transgresión individual, siendo una nueva fase del liberalismo llevado a su máximo exponencial. En lo filosófico, se caracterizará por el relativismo más extremo y la sobredimensión del aspecto cultural-ideal sobre cualquier otro. A esto se le suma la crítica a la noción de progreso, proclamando que este debe extinguirse por las «maldades» que en su nombre se cometieron en el pasado (aquí surge el gran nexo con el ámbito historiográfico). En su evolución posterior se avanzará este aspecto hacia un moralismo muy desarrollado (se llega así al punto *woke*), un moralismo que se creará en contraposición a una enmienda en la totalidad de lo que la propia posmodernidad entenderá como «fascismo». En el ámbito histórico la tendencia es la misma, llegando a la negación de los «grandes relatos».

b. El contexto en el que surge

Partiendo del análisis de Román Moret², aunque con mayor voluntad analítica y crítica, nos remontamos al año 1945. La Europa triunfante vencedora del fascismo, pero que en cuyo antifascismo fue derivando hacia lo «antifa», principalmente por las contradicciones internas de ese frente creado para derrotar al Eje y la forma de dominación que este representaba, ha perdido su razón de ser una vez derrotado el enemigo común. Este estaba conformado por una parte por el movimiento obrero, y por otra parte por la burguesía liberal y democrática. Mientras que Europa se reconstruía, se fue erigiendo el andamiaje del Estado de bienestar, que lejos de lo que comúnmente se cree no provino de los pactos y los diálogos amistosos, sino como concesión minimalista precedida por uno de los momentos de mayor auge revolucionario en el continente. Este Estado del bienestar también se utilizará para afirmar que la clase obrera, mediante el consumo de masas, desaparecía tal como se había entendido. Este razonamiento pretendía inducir a la idea de que el horizonte revolucionario por lo tanto ya no tenía sentido. Al mismo tiempo la burguesía que no había apoyado al fascismo decidió reformular su forma de dominación, ya que no era posible erigir el anterior andamiaje nacional-socialista, si no que esta vez lo que prevalecería sería el liberalismo más exacerbado, y entonces se decide recuperar y potenciar a los autores de la escuela de Frankfurt, junto a Gramsci.

Esta nueva estrategia se fue fraguando poco a poco, al calor de la extensión de ese consumo de masas relacionado con el Estado de bienestar, esperando su momento para lograr la hegemonía, primero cultural y luego política. Y este momento no fue otro que el 68 francés. Ese fue el pistoletazo de salida para una nueva movilización política, que legitimaría la supremacía de ese capitalismo liberal-libertario³, introduciéndose inicialmente en el sector izquierdista de ese frente que había derrotado al fascismo, aunque esa victoria se remontaba ya 23 años atrás. De esta forma surgía un virus que se inculcaba en el movimiento obrero, afirmando que ya no existían las clases, que la opresión la sufrían los que se salían de la «normalidad», que curiosamente coincidía en gran medida con la forma de ser y de pensar del trabajador promedio, combatiendo así al principal promotor de la opresión de esos nuevos excluidos: el fascismo. El último hito cronológico será la caída del «bloque socialista», lo que hizo que el capital global se impusiese en su totalidad, y que no existiese un contrapeso real al mismo.

² Moret, «La posmodernidad», 339-348.

³ Michel Clouscard, *Neofascismo e ideología del deseo*, 1ª ed. (Buenos Aires: ER Editor, 2019).

La historia para la posmodernidad

a. Antecedentes

En la Prehistoria apenas existía una noción del tiempo, por lo que el pasado, y sobre todo un pasado colectivo, eran ideas difícilmente concebibles, a lo que se le suma la imposibilidad de un registro meramente factual ante la inexistencia de la escritura. En la Antigüedad y el Medievo el pasado histórico solía estar asociado a dos fines, o su remoción para tratar de ofrecer explicaciones mitológicas de la realidad, o a la sucesión edulcorada de gestas pretéritas a cargo de un linaje determinado, encarnada en cierto personaje prominente. La memoria era así patrimonio de unos pocos privilegiados, y por ello tampoco se ponía gran interés en que esta fuese fidedigna, incluso en ocasiones verídica.

Si bien todo esto cambia con la llegada de la modernidad, con su consiguiente desarrollo y el progreso técnico nunca antes visto. La progresiva holgura del presente hace que también se vea al pasado de una forma distinta, y que por lo tanto también se valore el mismo de una forma diferente. El pasado deja de ser algo alejado y mítico, algo que solo nos remontaba a historias épicas de difícil realización, si no que se iba convirtiendo en un modo de estudio del ser humano en su conjunto, de su evolución. El siglo XIX es testigo de este mismo espíritu, y aunque en pañales, la historiografía científica comenzaba a dar sus primeros pasos. Si bien las primeras palabras de esta hermosa criatura fueron con un marcado acento historicista, no pudiendo librarse del gran influjo positivista de la época. Pero esta tendencia ya apuntaba hacia un hecho fundamental: el pasado había existido al igual que el presente, y ese pasado nos era cognoscible mediante las fuentes históricas. Esta época estuvo coronada por la lapidaria frase de Leopold Von Ranke, que defendía que se estudiarían y se expondrían: «Los hechos tal como sucedieron», todo aquello que no recogiese una fuente de forma explícita no había ocurrido.

Pero como no existe corsé tan rígido que no pueda ser desnudado, la gran recopilación de fuentes y la amplia labor arqueológica del XIX dio paso a nuevas corrientes en el ámbito de la historiografía. Todo esto fue sentando las bases para el surgimiento de una corriente histórica que revolucionó ampliamente el campo de la historiografía, un auténtico terremoto a todos los niveles. Estamos hablando de la escuela marxista —materialismo histórico—. Esta nueva tendencia historiográfica fue revolucionaria por muchos motivos. Por un lado, desterraba por completo la visión providencialista de la historia. Por otro, definía de forma inequívoca la relación que existe entre la forma de vida con el plano de lo ideal, lo cultural, lo simbólico, de una determinada sociedad. Esto, que hoy puede sonar muy evidente, fue lo que hizo que esta tendencia levantase tantas polémicas y fuese atacada en su momento por todo el ámbito historiográfico. En la teoría marxista esto se expone en la tesis de la base y la superestructura. Por todo esto el marxismo fue tachado de «economicista» en lo histórico, pero es que el propio marxismo aclara que la superestructura tiene una gran relevancia en todo el conjunto, dejando claro así que entender esta misma aislándola de la base material no tiene sentido. Antes de proseguir, se debe aclarar que el marxismo nunca entró en la Academia, si bien es cierto que su difusión y aceptación fue progresiva y parcial. De su rechazo y menosprecio inicial se pasó a una cierta tolerancia.

La difusión de la posmodernidad en la historiografía ocurre de una forma diferente. Nos estamos refiriendo al fenómeno que en Europa supuso la existencia de la escuela de los Annales, aunque existen otra serie de historiadores no franceses que no se adscribían a la misma pero describieron la misma trayectoria. Nos centramos en esta escuela porque viene a representar a la perfección la contradicción

que se dio en su momento en la historiografía occidental. Por un lado, teníamos la corriente más academicista que se negaba a aceptar ni siquiera algunos conceptos que se asociaban al marxismo, con los ojos cegados por esa crítica al «economicismo» del mismo. Por otro lado, teníamos a historiadores que, sin pertenecer o simpatizar con grupos revolucionarios, admitían la utilidad de ciertos aportes renovadores del marxismo, aunque nunca de una forma holística, y siempre con la consiguiente crítica pareja. Es en este contexto donde sobresale la escuela de Annales, que pretendía romper con una forma ya anquilosada de hacer historia, abriéndose así mismo a otras disciplinas a las cuales la historia aún era ajena por aquellos tiempos. Sin embargo, Annales, tras la Segunda Guerra Mundial, irá describiendo una trayectoria descendente que sellará con su decadencia a partir de años 70 con la Tercera Generación de la «Nueva Historia»⁴.

Con posterioridad surgirán otras escuelas historiográficas que se pretenderán aún más renovadoras o revolucionarias que la de Annales, siendo el caso por ejemplo de la británica *Past and present*, pero estas ya servirán como un inoculador de posmodernidad en la Academia y en sus márgenes. En el segmento «a» del tercer apartado del este estudio profundizaremos en esta corriente.

Con el paso del tiempo la experiencia estructuralista comenzó a decaer, y en paralelo a lo ya expuesto en todo lo que llevó al surgimiento de mayo del 68, surgió así lo que se dio en conocer como «crisis de los paradigmas» en los años 70. Esta sería la «nebulosidad intelectual» de la que hablaba Hobsbawm⁵, o «desmigajamiento de la historia» en palabras del historiador François Dosse⁶.

Esa crisis de paradigmas hace que a partir de los 80 ya se conviertan en hegemónicas las obras de Derrida, Foucault junto a Paul de Man, quien inoculará el deconstruccionismo al otro lado del charco, para que luego esto se extienda también por Europa. Se impondrá así progresivamente la nueva historia intelectual o «critical theory» de Kellner y La Capra, que ya no dudarán en exponer su visión de la historia como un género literario cuyo contenido científico se reducía al desvelamiento del carácter «construido» —y por tanto histórico— de todo discurso. En el Viejo Mundo estas teorías se evidenciarán en la influencia antropológica del estructuralista Clifford Geertz, en la escuela de la *alltagsgeschichte* o historia de lo cotidiano en Alemania, o en historiadores como Robert Darnton. Así mismo el deconstruccionismo abrió la puerta a la historia de las mujeres y otra serie de minorías oprimidas a lo largo de la historia.

b. La fragua del fin de la modernidad

Aunque no es nuestro cometido, ni sería de una gran utilidad trazar una genealogía de la posmodernidad, sí que podemos encontrar los fundamentos de lo que se conocerá como «teoría crítica» en la escuela de Frankfurt (nombre coloquial por lo que se dio a conocer la generación fundacional Instituto de Investigación Social). Aunque el instituto se centró más en otros campos académicos como el análisis artístico o el ámbito sociológico, también existen algunas obras donde se trasluce la visión que la escuela tenía respecto al devenir histórico. La obra que corona la eclosión de la difusión de las ideas posmodernas no es otra que *La dialéctica de la Ilustración*. De las grandes dosis de pedantería y pesimismo de la obra se pueden sacar dos ideas-fuerza claras. Haciendo una maniquea interpretación de las sombras de la

⁴ Francisco Javier Luengo Gutiérrez, «Pensar la Historia: la escuela de los Annales», *ArqueoTimes* 7 (2022): 56-59.

⁵ Eric Hobsbawm, *Sobre la historia* (Barcelona: Crítica, 1998), 9.

⁶ Pablo Guerrero Alonso, «“Historia a debate” y la historiografía del siglo XXI», *El Futuro del Pasado* 2 (2011): 321.

Ilustración, Adorno y Horkheimer asociarán la razón a la dominación, lo que indirectamente abrirá la puerta a la posterior definición de poder omnipresente y opresivo que realizará Foucault. Al mismo tiempo lo antirracional-antinatural se asociará con un valor positivo, no de progreso, pero sí como innovador y no opresivo. Paralelamente a esta concepción, también se realizará un ataque furibundo a la idea de progreso, acusándola de ser una reducción teleológica (esto es un fin que condiciona todo el camino al mismo) y además de ser sumamente destructiva y opresiva. De esta forma, se renunciará a una de las principales características que hasta entonces habían marcado la filosofía de la historia, coronada por Hegel, y es la intención de buscar factores comunes y finalidades en curso a lo largo de la historia humana. De esta crítica del progreso surgirán las principales escuelas decoloniales y antieuropeas.

Pero si hay un miembro de la primera generación de la escuela que destaque por sus reflexiones historiográficas será Walter Benjamin, aunque su campo era el de la crítica literaria y artística. Su visión del devenir histórico se plasma en su obra *Tesis sobre el concepto de historia*⁷. En estos breves escritos el alemán nos presenta su imagen teológica de la historia, entendida en un sentido finalista de tipo mesiánico-redentor, defendiendo que el marxismo sería la última expresión en este sentido. Para esto emplea su conocida metáfora del enano que se hace pasar por un autómatas jugador de ajedrez, denunciando así esa relación entre marxismo y teología. El autor compartirá con sus compañeros de la escuela de Frankfurt su crítica a la idea de progreso, presentándolo como la tempestad que impide al ángel de la historia detenerse a reconstruir o reparar las atrocidades que ha cometido en su vuelo. Aquí es donde se nos presenta esa idea de una historia con fuertes tintes moralistas, sirviendo a una moral forjada en el presente por supuesto, surgiendo aquí esa idea del «pedir perdón» al pasado. Así mismo, Benjamin despreciará el concepto de trabajo, asociándolo, mediante la excusa del tecnocratismos, al fascismo, además de que este atenta contra la naturaleza... Paralelamente acusará a la clase obrera alemana de haberse aburguesado bajo el influjo de la socialdemocracia.

Aunque al igual que Benjamin, su campo es más el sociológico que el propiamente histórico, se considera que la segunda personalidad más señera en el campo será el alemán Jürgen Habermas. Este autor, conocido sobre todo por escribir para sí mismo, hablar de marxismo sin nunca haber leído a Marx y por ponerle en bandeja a Nolte defender como positiva la labor del nazismo, ha pretendido erigirse como el principal reformador de lo que él entiende como materialismo histórico. En contraste con esta autopercepción, nos encontramos ante un autor que niega con frecuencia el concepto de objetividad, aunque desconocemos si se refiere a lo factual o a lo interpretativo. Como buen posmoderno, Habermas suele recurrir en mayor medida a la lingüística que a fuentes históricas. Además tiene una visión crítica de la ciencia, aunque a diferencia de sus correligionarios posmodernos no pretende abolirla, si no reformarla. Aunque más bien suele afirmar que ante la demolición de lo que de forma clásica se considera ciencia, en su lugar se debería erigir una estructura similar. La equidistancia del autor en estas cuestiones, lejos de conferir valor a su obra, le coloca en una posición ambigua, ya que mientras por una parte dice tener una postura crítica con respecto a la posmodernidad, en realidad acepta gran parte de sus principios fundamentales. De esta forma se trata de un autor con la suficiente inteligencia como para evitar los mayores desvaríos posmodernos, pero sin la necesaria para proponer una interpretación filosófica alternativa. A nivel de teorización concreta, el autor se ha hecho reconocido por su «teoría de la

⁷ Walter Benjamin, *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia y política*, 1ª ed. (Madrid: Alianza Editorial, 2021).

comunicación», de la cual se desprende la visión lingüística de que la realidad no existe y tan solo existiría el lenguaje que la moldea, y si este lenguaje cambia esta también cambiará.

En una recapitulación como esta no podía faltar la obra que corona el reinado de las teorías posmodernas, y no es otra que la siempre citada *La condición posmoderna*, obra del filósofo galo Jean-François Lyotard que saldrá a la luz en 1979. La pretensión de esta breve obra no es el análisis de la posmodernidad o el contexto o las causas en que esta surge, sino la recopilación deslavazada de teorizaciones sobre el lenguaje y la comunicación, mientras que veladamente se justifica el supuesto carácter innovador y revolucionario de la escuela de Frankfurt frente al «estalinismo»⁸. A pesar de esta limitación evidente, trataremos de ver qué ideas historiográficas se pueden extraer de este pobre ensayo. Mediante el análisis de lo que se nos presenta como «sociedad de la información», se nos deja ver que han finalizado los grandes relatos, ya que estos habían nacido en el siglo XIX, estando íntimamente ligados a la idea de progreso-razón. Ante las vicisitudes del propio siglo XX, como la Segunda Guerra Mundial y el consiguiente proceso de descolonización, ese gran relato se habría resquebrajado. Lyotard afirma así que ahora no existe un gran relato, y lo vincula de forma nebulosa con las universidades y las estrategias de «legitimación», citando una retahíla de divagaciones lingüísticas sin mucha conexión. Y es que si aceptamos las tesis del francés, hasta la afirmación de que «vivimos en la época del fin de los grandes relatos» se presenta en el fondo como un relato, que toda la academia reproduce sin parar desde el 68 en adelante. Así mismo, Lyotard también criticará al marxismo porque supuestamente perdería su sentido revolucionario al existir en ese momento regímenes que se autoproclamaban socialistas, remontándose así a una idea utópico-infantil del pensamiento de Marx, por lo que según su razonamiento la teoría crítica de la escuela de Frankfurt tendría más sentido revolucionario que el marxismo, ya que no pretendía llegar al poder estatal. No olvidemos que esto lo afirmaba un profesor de universidad que cobraba por propagar libremente su ideología. Lyotard también afirma que ante el devenir de Europa los nuevos sujetos revolucionarios deberían pasar a ser lo que él denomina el Tercer Mundo o la juventud estudiantil. En esta apreciaremos por lo tanto un compendio de las principales ideas posmodernas que influirán en la historia: el giro lingüístico, la apuesta decolonial y la defensa de las experiencias individuales frente al análisis a gran escala.

Ya en tiempos más recientes, nos encontramos con ensayos de influyentes historiadores que reflexionan sobre el devenir de la historiografía como *La historia después de la historia*⁹, o *Sobre la historia*¹⁰. Estas obras evidencian voces críticas con algunos desfases del posmodernismo en la historia, pero de escaso valor ya que quienes las escriben seguían anclados a una historiografía muy concreta, que no se supo desvincular del ámbito de la izquierda burocrática que cayó con el Muro de Berlín en 1989, además de que para combatir la expansión del posmodernismo en la historia no eran necesarias críticas a media voz sobre ciertos desfases, si no erigir una metodología que sirviese de ancla ante la marea de delirios deconstructivistas y hermenéuticos que cada vez cogía más fuerza en Occidente. Francisco Erice solo es el canto del cisne de esta corriente.

Ya en otro escalón nos encontramos con obras como *Historia y tropología* de Frank R. Ankersmit. Pero estos serán los estertores historiográficos de la posmodernidad, ya que ante la imposibilidad de conjugar historia con posmodernidad (agua y aceite a fin de cuentas), teorizan de forma

⁸ Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, 2ª ed. (Barcelona: Planeta-Agostini, 1989).

⁹ Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia*, 1ª ed. (Barcelona: Crítica, 1992).

¹⁰ Hobsbawm, *Sobre la historia*.

oscura y cerrada sobre diferentes delirios metodológicos. Esta clase de teorizadores siempre han existido; sin embargo, por las particularidades del devenir historiográfico de nuestros tiempos, sumado a la carencia de una alternativa, estos son el hegemón a todas luces, monopolizando y parasitando la Academia, restando cada vez menos lugar para aquellos historiadores válidos y críticos que quieran tener un altavoz en la misma. A nuestro parecer, ahí, y no en la potencia de las teorías de los mismos, es donde reside el gran problema.

La historiografía posmoderna

El posmodernismo ha diseñado varias estrategias para conseguir implantar su forma de ver, o de no ver más bien, la historia humana. Esta variedad de estrategias tiene una doble función, por un lado adecuarse mejor al período de la historia que se pretende tomar, así como presentar una falsa sensación de pluralidad y libertad metodológica.

a. Estructuralismo-culturalismo

Nos encontramos con una corriente historiográfica con una carrera meteórica, más por lo efímero que por lo triunfal de su haber, circunscribiéndose de los años 50 a los 70 del siglo pasado. Esta escuela, que se desarrolló inicialmente en suelo galo, bebe de las teorías formuladas en su día por Pierre Bourdieu y Antonio Gramsci, compartiendo la crítica que la escuela de Frankfurt en su día hizo al marxismo por su dogmatismo economicista. De esta forma, nos remontamos también a las teorías previas de Althusser, cuyo gran mérito fue haber hecho una crítica a *El Capital* sin haberlo leído. De esta forma, ante la teorización de la base y la superestructura, se defenderá que el ámbito cultural tiene unas dinámicas propias, y por lo tanto que estaría al mismo o a un superior nivel con respecto a la base material/económica. De esta forma se defiende que el mundo está regido por «estructuras estructurantes estructuradas», que Bordieu califica como «habitus». Si traducimos estos trabalenguas estrafalarios podemos deducir que se defiende así la autonomía de la cultura, que por lo tanto existiría lo material pero este está supeditado a lo ideal, que todo lo puede cambiar si previamente esto sufre un cambio.

Esta corriente tendrá especial predicamento en la Tercera Generación de Annales, representada por Jacques Le Goff, Goubert o George Duby¹¹. Vemos así cómo la historiografía pierde su iniciativa propia y solo se basa en adaptar teorías elaboradas en otros campos, como la lingüística y la antropología, cuando la idea genuina de Annales era la multidisciplinaridad para enriquecerla, no para anularla y someterla a campos ajenos a la misma.

Posteriormente se evolucionará al postestructuralismo. Existe así una relación más fuerte con el giro lingüístico, ya que si todo son estructuras de lenguaje, todo está conformado por convencionalismos sin una realidad pareja, por lo tanto todo se puede cambiar, sin límites reales que lo constriñan, lo que abre el camino de las teorías del deconstruccionismo.

Más allá de abrir camino a teorías poco serias históricamente, lo que vendría a suponer esta corriente es que los historiadores nunca podremos conocer el pasado porque nunca nos podremos sentar

¹¹ Luengo Gutiérrez, «Pensar la Historia», 59.

con alguien del siglo XVI para preguntarle lo que piensa y lo que siente. Como mucho podremos hacer elucubraciones analizando lo que dejó escrito de él, o sobre él en todo caso.

Esta metodología ha solido dar obras historiográficas que se caracterizan principalmente por dos cuestiones: unas formulan un millar de elucubraciones distintas e inconexas sobre cuestiones culturales de cualquier período histórico, aunque existe un especial fetiche con la Edad Media, pero sin sistematización y sin ninguna conclusión mínimamente coherente.

b. Giro Lingüístico

Aunque esta corriente eclosione a todos los niveles en los años 70, fue Martin Heidegger quien proclamó inicialmente la identidad virtual entre ser y lenguaje¹², pero será su discípulo Jacques Derrida quien llevará esta teorización hasta sus límites, basándose en a lingüística de Saussure, fundamentando así sus teorías acerca del deconstructivismo.

El subapartado anterior y el presente casi se podrían escribir bajo el mismo epígrafe. La sobredimensión de la importancia del lenguaje, incluso la afirmación de que solo existe el mismo, solo se puede concebir si previamente hemos afirmado que el plano cultural es independiente y se sobrepone a todo. Por lo tanto el canal de expresión de la cultura sería ese mismo, el lenguaje, lo que le da ese papel tan primordial. Al sustrato metodológico previamente mencionado se le suman así las teorías generativas del lenguaje del escritor francés Michel Foucault, figura señera de la posmodernidad, principalmente de su escasa calidad intelectual y poca pericia a la hora de erigirse como un movimiento intelectual serio y fuertemente fundamentado.

En el plano historiográfico esto se traduce en una obsesión por el estudio del mismo, convirtiendo así la historia más en filología y lingüística que en otra cosa. De esta forma queremos aclarar que no tenemos nada en contra de tan dignas disciplinas, pero esto no quita que nos parezca un disparate reducir la historiografía a esa ínfima porción del pasado. Además, asumir esta retórica nos lleva a asumir que no existen hechos ni realidad histórica, sino simplemente una gran amalgama de «discursos» y «narrativas».

c. Microhistoria

De las dos metodologías previamente expuestas, aunque más de la segunda que de la primera, se puede deducir bastantes dudas de que el pasado existió, y de que aunque esto fuese así nos es muy difícil conocerlo. Esta es una visión que por su histrionismo acaba chocando intrínsecamente con la idea de Historia, aunque se asuma que el conocimiento en detalle del mismo nos es algo vedado.

Por esta razón, se pretendió rellenar ese vacío con otra metodología que si bien no era rotunda en la existencia del pasado, sí era útil para simular que se estaba estudiando de forma exhaustiva y concienzuda ese pasado. Aún hoy día esta metodología tiene una predominancia absoluta, y precisamente por su eficacia de simulación se le augura gran futuro.

¹² Hugo García Fernández, «Posmodernidad y crisis de la historia. Un balance para historiadores», *Hispania* 204 (2000): 339.

La microhistoria introduce la complejidad absoluta y el azar como regidores máximos de la historia, lo que conllevaría a que se puede realizar una labor parcial de recopilación de datos históricos, pero su interpretación es algo imposible y sin sentido.

Se da por sentado que la corriente como tal nació con Carlo Ginzburg. El italiano formula en 1976 su teoría en célebre artículo titulado «Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales», donde habla de la reducción de escalas. Posteriormente, en su obra más célebre, el historiador italiano se limita a seguir los restos de la trayectoria vital de un molinero juzgado por la Inquisición, un hombre claramente contradictorio, cabezón, esotérico y marginal. Si Ginzburg hubiese simplemente recopilado y transcrito los documentos en los que se recogía el proceso inquisitorial contra su molinero, su obra hubiese tenido el mismo valor. La labor de Ginzburg fue continuada por su compatriota Giovanni Levi entre otros.

Para finalizar queríamos aclarar que consideramos que el trabajo de picar piedra, también denominado como «sacar la lupa», es útil, pero no puede ser último fin de un historiador, ni tampoco conclusivo en sí mismo.

d. Teorías decoloniales-postcoloniales

A finales de los 70 el posmodernismo sale de su crisálida y eclosiona en su estadio superior, lo que coloquialmente se ha dado en conocer como *woke*. Una de las obras que marcarán la consecución de este proceso será la publicación de *Orientalismo*, del palestino Edward Said, aunque existen antecedentes a la misma como *Los condenados de la tierra*, publicado por Franz Fanon a inicios de los años 60. Para contextualizar debidamente no debemos olvidar de que Said es uno de los discípulos predilectos de Derridá, por lo que podríamos afirmar que lo que se pretende con su obra es una deconstrucción profunda de la idea de Europa, equiparándola de forma simplista únicamente a la empresa colonial. Aquí surgirá la gran contradicción dentro de la decolonialidad que aún hoy no han sido capaces de resolver: por un lado, se rechazan de forma categórica todos los «esencialismos», o por el otro, se tratan de hacer piruetas inverosímiles para justificar que existen esencialismos más positivos que otros (v.gr. el del Islam).

Siguiendo la teorización de Said, el «orientalismo» sería un discurso creado para desconocer la realidad de Oriente y ensalzar indirectamente a Occidente. Y es que tanto la obra como el movimiento antieuropeo que Said preside no deja de ser un parche para no aplicar los criterios posmodernos de machismo, racismo o falta de inclusividad al mundo islámico, ya que por la construcción del orientalismo nunca podremos saber que es en realidad ese mundo, y por lo tanto siempre serán eternos oprimidos dignos de nuestra lástima y compasión.

Prosiguiendo más allá del contenido de la obra, no debemos olvidar que Edward Said reconoce en el inicio de la misma que se basa en el método de análisis de Foucault expuesto en *Arqueología del saber*, rastreando los significados de los discursos que articulan la idea que supuestamente Occidente crearía sobre Oriente.

Pasando a un ámbito más general, el poscolonialismo surgirá en los años 80, cuando ya el proceso de descolonización estaba prácticamente concluido, pero supuestamente esta nace para denunciar la «colonialidad» en el lenguaje y la cultura. A Said lo sucederán teóricos postcoloniales como Gayatri Spivak, Homi Bhabha o Ranajit Guha. Al ser fieles a su teorización, tampoco podrían apoyar los proyectos antiimperialistas por esencialistas. En Latinoamérica, aunque denominándose como

«decoloniales», surgirá la figura de Enrique Dussel, Aníbal Quijano, Walter Mignolo, que conformarán el grupo Modernidad/Colonialidad (fuertemente apoyado por Hugo Chávez). Posteriormente tendremos figuras como Aimée Cesaire o Franz Fanon.

Los seguidores de esta corriente, al no creer en la objetividad de los hechos, siempre asociarán a ellos valores, por lo tanto su receta para combatir esos valores no será una crítica seria y fundamentada, si no la negación bajo una enmienda a la totalidad, lo que les daría legitimidad para así también negar los hechos en tal. Se seguiría así la máxima de que «el discurso genera y puede cambiar la realidad, ya que esta no existe, solo es interpretable».

e. Feminismo-Perspectiva de género

Como ya indicamos, la historia no es ajena a la sociedad. Por lo tanto en este breve recuento no podía faltar el gran dogma, la gran moda de nuestro siglo, el feminismo. Siguiendo a autoras feministas críticas (autodenominadas como «científicas») como Roxana Kreimer, ante la modernización de la sociedad occidental y la emancipación familiar de la mujer, el feminismo en origen surge como una corriente con una doble función: por un lado, la equiparación política y laboral con el hombre (detentor de una serie de derechos que las mujeres irán conquistando a lo largo del siglo XX) y, por otro lado, la protección legislativa-judicial ante las nuevas situaciones provocadas por esa salida de la mujer del hogar y su inmersión en la sociedad.

Con el paso del tiempo el feminismo ha evolucionado a un *lobby* político que defiende que se pueden salvar las diferencias biológicas mediante la desigualdad judicial, lo que acaba generando un movimiento profundamente reaccionario y encerrado en su propia lógica. El olvido del factor biológico ha acabado derivando en que el propio feminismo haya perdido la noción de la realidad y su definición de la categoría mujer solo se corresponda a un sujeto oprimido, o más bien a un sentimiento autoreproducido.

Quizás superando al género de la microhistoria, en los últimos 15 años ha sido masiva la producción de obras de historiografía feminista, así como múltiples jornadas, congresos y cursos universitarios como másters. No hay universidad o academia mínimamente reputada que se libere de este tsunami ideológico. Si bien la historiografía feminista tiene dos corrientes principales: por un lado, la vertiente que busca mujeres olvidadas en la historia y trata de ponerlas a flote y visibilizarlas (cayendo la mayoría de las veces en la sobredimensión o la mitificación de muchas figuras), y otra que consiste en rastrear cada ápice de lo que en el pasado fue la opresión a las mujeres por parte del patriarcado (del cual nunca existe una definición histórica, si no que siempre es una visión moralista e ideológica del mismo). De esta forma tenemos una corriente cuya gran cadencia es proporcional a la simplicidad y escasa evolución de sus métodos y praxis de investigación. Lo más triste es que muchas jóvenes investigadoras son captadas por esta corriente, viéndose a sí mismas como investigadoras supernovedosas que están aportando a la pendiente emancipación de la mujer moderna, cuando en realidad no son más que «mujeres en su rincón haciendo cosas de mujeres hablando sobre mujeres». Buen ejemplo de lo anteriormente expuesto es el libro *Prehistoria de mujeres*, de Marga Sánchez Romero¹³.

¹³ Marga Sánchez Romero, *Prehistorias de mujeres: descubre lo que no te han contado sobre nosotras*, 1ª ed. (Barcelona: Ediciones Destino, 2022).

Conclusión

Tras este sumario repaso espero haber cumplido con la doble misión de que el lector no iniciado pueda tener una panorámica general de la interrelación entre historiografía y posmodernidad, así como la de probar cómo la segunda ha influido por completo a la primera desde los años 70, y cómo esta es solo una dinámica que tiende a acentuarse con el tiempo, en detrimento de la propia historiografía.

De esta forma, vemos que aunque en sus inicios la posmodernidad se negaba a admitir la existencia de la historia, no ha podido resistirse a la tentación de tomar por asalto la Academia que la rige, siendo además poco operativo para su hegemonía absoluta dejar este campo científico (tan influyente socialmente) vacío y ajeno a su influencia.

Vemos así cómo no supone un disparate afirmar que la posmodernidad ha sido un caballo de Troya, simulando ser un colosal equino que venía a renovar el campo historiográfico, cuando en realidad lo que pretendía era dinamitarlo desde dentro.

Pero, así mismo, como el posmodernismo es la ideología de un capitalismo en decadencia, su ideología también es una estatua ecuestre con pies de barro. Cada vez se sostiene menos esa omnipresente crítica al positivismo, antaño necesaria, ya que en realidad se construye un muñeco de paja del positivismo para así justificar todo el relativismo que se quiera. Esta situación es muy similar al supuesto combate contra el «fascismo» y la «turbo-mega-hiper-ultraderecha» que se nos quiere vender a nivel social. Por todo esto, y como continuación de este breve trabajo introductorio, sería interesante que viese a luz otro de mayor calado en el que se estableciese con rigor lo que es y lo que no es positivismo, para así poder avanzar hacia una metodología historiográfica acorde a nuestro presente pero desligada por completo del pensamiento posmoderno.

Referencias

- Benjamin, Walter. *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia y política*. 1ª ed. Madrid: Alianza Editorial, 2021.
- Clouscard, Michel. *Neofascismo e ideología del deseo*. 1ª ed. Buenos Aires: ER Editor, 2019.
- Fontana, Josep. *La historia después del fin de la historia*. 1ª ed. Barcelona: Crítica, 1992.
- García Fernández, Hugo. «Posmodernidad y crisis de la historia. Un balance para historiadores». *Hispania* 204 (2000): 333-344.
- Guerrero Alonso, Pablo. «“Historia a debate” y la historiografía del siglo XXI». *El Futuro del Pasado* 2 (2011): 313-334.
- Hobsbawm, Eric. *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica, 1998.
- Luengo Gutiérrez, Francisco Javier. «Pensar la Historia: la escuela de los Annales». *ArqueoTimes* 7 (2022): 56-59.
- Lyotard, Jean-François. *La condición posmoderna*. 2ª ed. Barcelona: Planeta-Agostini, 1989.
- Moret, Román. «La posmodernidad: intento de aproximación desde la Historia del pensamiento». *Bajo Palabra* 7 (2012): 339-348.
- Sánchez Romero, Marga. *Prehistorias de mujeres: descubre lo que no te han contado sobre nosotras*. 1ª ed. Barcelona: Ediciones Destino, 2022.